

Antología poética

ÍNDICE

Funambulares mar

A lecturas de Ovidio infiernos particulares
Week-end
Souvenir 1920

Agua de luna

Adverbios
Dánae
Rito
Cámara lenta

La ciudad fronteriza

Transverberación
Tahúr
Tránsito
Reina
Tankas de la mirada
Conjetura
Viena 212 (Cosas que matan)
Error
Marienbad
Sahumerio
Folio atlántico

Poemas sobre escribir un poema y otro poema

Farol y lluvia
Partida
La vuelta
Quizás viajar
Cuando la claridad coincidió con la línea del verso
La ausencia

Zona de varada

Como una voz en off
Tregua
Alguien en un lugar
El espacio cerrado
La hora de los pájaros
Recuerda
Sudeste
El último poema
Viaje a la mañana
Tajamar
Ratas en el jardín
Medianoche

Poemas de Teresa Hassler (Fragmentos y ceniza)

Habitaciones

Asalto a la memoria

Infinitivo

Teresa H.

La niña insomne

Rincones

La casa de los sueños

La edad de la inocencia

El hombre de las dunas (Cuento de acantilado)

Vasos comunicantes

To fall in love

Conjuro al espectro del poema

Contemplar / Ser contemplado

Conquista

Funambulares mar

A lecturas de Ovidio infiernos particulares

“nox” ait “arcanis fidissima [...]”
Metamorfosis, VII, 192

Pobladora de sueños avernales
amanece la luz de la mañana
a mediodía.
Nocturno de mitos y quimeras en
Bélidas que imponen su cristal al hueco
o en Tántalo de pomos que rehúen
su mano
y
ya
son
subliminales manos matutinas
enhiestas en escorzo de presa
ondeantes
sobre la abierta caja
¿de Pandora?
y
ya
son
cofres de rubíes derramados en olvidados taxis
y deslizantes labios libadores de mórbida
ambrosía
y
en efébica quilla irisando el espacio
de dorados destellos
Ja-
són.

Week-end

Por qué allí ella descubriendo los ángeles,
la flor de camomila, la vela en los moteles,
los salones efímeros en hilos telefónicos,
los preceptos precisos del cerrado decir,
y el querer despacioso.
Si venía del sur:
por qué no adormideras de ventiscas y luna.

Capitales de agenda. Semáforos en ámbar:
nunca los búhos tuvieron los ojos tan redondos.

Souvenir 1920

Pero ¿y la margarita? Del copero
—dijo el jardín— yo la celé en la boca.
Ibn al-Zaqqaq

Se miraban a sí y en los espejos
del ascensor. Eran bella pareja
destellando el neón tenues reflejos
de la cálida luz que el amor deja

encendida en los ojos. A lo lejos
la ciudad ofreciéndose en bandeja
de música callaba entre los viejos
arcos. Plaza Mayor. Allí se queja

el frío de febrero en los dinteles
y él la ciñe hacia sí y le regala
el último recuerdo: el camarero

como un copero árabe resbala
la sonrisa y la flor en los manteles:
son las que lleva ella en el sombrero.

Agua de luna

Adverbios

Todo en orden: septiembre,
los amantes. Susurra en el oído
el mundo y dice cógame.
Corre el día, la luz.
La ola serpentina cruza, reptar
la playa plata en el papel de calco.
Era púrpura el fuego.
Los mismos mares
de siempre. Allí, en la hondonada.
También aquí la noche. Cae.
Sin prehistoria.

Dánae

Chispean los minutos como lluvia
de oro en el espejo azul de la consola.

Mediodía de un jueves soleado
en soleante seducción del blanco cuerpo
retenido en la cámara.

La bella
se desteje limosa en los sueños del lino
y, mecida, no sabe si la mano es un pez
bajo liviana ola, o medusa riente
en un brazo de mar.

El cobre del cabello
se derrama cubriendo el cabezal de ascuas
encendidas.

En el cenit el sol arde la fronda.
Y la bella despierta al fervoroso tacto
de la líquida fibra,
y en el espejo mírase,
despeja la espesura
y, sabiamente, ámase.

Rito

Bañarse en este río y ungir la piel de almizcle
desnuda de la sombra que queda como un lienzo
deslizado en la orilla,
tiene efectos de láudano, de opio de amapolas:
lasitud del olvido:
agua dulce acotada por una sola imagen.
La sal de los océanos hiera como el diamante
el cristal de los ojos. No más mar.
No más mar sin acero,
ni islas
de papel japonés como la luna.
Agua de luna dulce bebida en esta copa,
en los labios besada que la besan.

Cámara lenta

Los arqueros afinan
la punta de sus flechas:
Sebastián mira.

No ven el arco
los ojos en la altura:
sólo la lluvia.

Terso el costado:
la flecha de marfil
acierta el blanco.

En la tormenta
un cuerpo como un álamo:
Sebastián: blanco.

Dura un instante
lo que dura un silbido
y el cuerpo es río.

La ciudad fronteriza

Transverberación

Como una catedral vaciada en el domingo
así quedó; destilando la bóveda las voces
de plegarias en fuga, y un rumor en el atrio
a los ojos oculto. Todo se hizo secreto
en un instante y se quebró la luz
en la vidriera alta, hiriéndolo de muerte.

Tahúr

La conciencia de haber gastado todo
en un juego de azar. ¿La habéis sentido?
Es como andar desnudo con pudor de doncella.

Se cubre la palabra bajo un velo de nieve.
La luz, desconocida, se manifiesta entonces
sin amistad alguna. Acuchilla los ojos

que sangran en la hoja. Contornos incendiados.
Qué distante la nube a las señales ciega.
Día extranjero. Mar. Ángulos de la puerta

clausurada a la calle. Esquivo fue el vivir
como un joven hermoso. La muerte será esquivo.

Tránsito

El cuerpo se hace un muro de nieve entre las cosas:
papel parafinado donde resbala el signo.
Como un tapiz vacío la voluntad se extiende
en quedades. Nada pesa:

el humo del cigarro escribiendo en el aire
un epigrama, el hilo del teléfono
—*ne me quitte pas*—, la ceniza en el folio.
En el claror del cuarto una sombra de nube

insegura planea. Es un país sin nombre
la mañana: fugaz fondeadero
o ciudad fronteriza. Como desconocidos
en una calle ajena, se abren paso los ojos:

“¿Quién está ahí?” La mano se detiene
en la página muda: un salón desolado.

Reina

Mostradme qué ha ocurrido. Cómo una aguja débil
pudo ser tan mortal. Se dice en los anales
que el hombre del presente fue otro en el pasado:
una línea de sombra separa el nuevo día

del que va hacia el declive: la vida de la muerte.
Este efecto furtivo de desahucio,
este vagar vacío por ciudades ajenas:

extrañeza del cuerpo: casa deshabitada.
Dónde el amor. Ningún amante hubo más dulce
y sin embargo. Capitula

la piel en el exilio. ¿La podéis ver ahora
en la orilla sentada?: el agua corre
a través de sus dedos. Mirad su imagen quieta.

Tankas de la mirada

I (Filtro)

Abandonarse
a ese cendal que ofrece
la ventana —es
una tarde de agosto—
como a un sudario tibio.

II (Fundido en blanco)

¿Es una córnea
quemada el folio? ¿Una isla
blanca? ¿Visor
desenfocado?: Niebla
en la tarde de agosto.

V (Velado)

Sabes que el día
terminará oxidándose
y te lo pones
para nadar con él,
como si fuera de oro.

VII (Revelado)

Innumerables
caras en el espejo
y nadie había
detrás de ti mirándose
sólo tu cara en él.

VIII (Archivo)

En la memoria
las huellas digitales
de los proscritos
deseos: como túneles
donde no pasan trenes.

Conjetura

Mitiga el desconcierto liar un cigarrillo
de tabaco holandés mientras pasan los trenes
de la tarde: la textura apacible
de la hebra bajo el juego de dedos,

la cerrada mecánica, el repliegue
preciso en los pulgares sobre el papel de arroz,
la untuosidad del engomado

distraen de esa impresión de desalajo
que da intuir —tras días de cigarros en vilo—,
por el vuelo de una ala en la vidriera,

que se es otro, y que alguien,
desconocido, usurpa nuestras huellas
desde el compartimiento del último vagón.

Viena 212 (Cosas que matan)

Era la última vez. La misma habitación
numerada: caso de reincidencia
a punto de archivarse. Igual que en la cubeta
de revelar, la penumbra ofrecía

el perfil de las cosas como un álbum
de asesinos a sueldo: la redondez del hombro,
los vestidos vaciados, el brillo de la llave

con la cifra (ella vio en la pared
una señal de muerte por el juego de sombras)
no fueron sólo pruebas de munición oculta

bajo fondos fingidos. Más tarde, en la memoria,
las calles de noviembre —*The third man*—
y la voz empañada por el vaho de los cuerpos.

Error

En el cruce de esquinas, desde la bocacalle,
la ráfaga de viento con aroma de kif,
y la calle vacía. Previendo fumadores,
o murmullos en ventanas abiertas,

uno se vuelve: nada oye ni ve:
ni un rumor de ojos al cerrarse,
ni, próxima, una sombra. De modo involuntario,
uno se palpa y busca su calco en el arcén

—es lisa la ciudad, sin huellas,
como un anteproyecto—, admite entonces
que debe de soñar en otro sitio

(y entra en la embocadura).

Marienbad

Se desprende de un aro una burbuja
y su cara se aleja entre las ramas:
quizás un día acuda a la ciudad
donde las aes se abren como diques de un río.

Hay viento. Los paneles matizan la violencia.
Sólo siente en la piel el apacible roce
del aire del verano cuando ya todo acaba.

¿Nada más? Nada más. El mundo no era mágico.
Ni es mágico este aire, ni el azar descubierto
en las hojas del libro cuando lee *balsamina*

y levanta los ojos y ve la balsamina
reflejarse en las aguas de acero de las balsas.

Sahumerio

El evasivo aroma en el papel de Armenia
del recuerdo —los signos son debiles,
o cambian o se ocultan tras la trama de signos
como en los viejos muros o en las caras marchitas—:

la textura del aire sólo queda
y el trazo de la luz en la piel o en los ojos.
A veces un rumor, como un roce de redes

en pasajes oscuros. De la cámara lenta
de aquella noche, sólo, el ácido perfume
y el brillo de obsidiana de la axila

quemando la tiniebla de un espejo.

Folio atlántico

Asume que es su cara la que está en el espejo.
Se miran. Ella escribe: en la estela del folio
una lenta cicatriz es su trazo.
Cuando la luz desista cerrará los cuadernos
y se irá para siempre. Todo acaba.

Alguien sigue embalando objetos de cristal
con periódicos ocres: cada copa un quejido.
El viento en las vitrinas da cebras como el agua.
Donde acude no habrá cebras de agua, ni pájaros
de espuma, ni vidrieras que guarden

su silencio y su gesto. Nada habrá.
Miradla sobre el folio en la línea de sombra:
parece que quisiera grabar en el papel
sus huellas dactilares, túneles
por donde huir del propio desalojo.

En el suelo un relieve y, en la pared, el rastro
como el calco de un crimen por la espalda:
un deambular de uñas que arrancan los recuerdos
hay. Irá todo a parar a los depósitos:
sus lápices, el sofá donde amó,

el hilo de saliva del teléfono,
el puñal. Ella escribe: como en los embalajes
que esponjan las siluetas de los tarros vacíos,
poseído y desnudo —habla del acechado.
Pasos en el cemento y las hojas se agrietan,

después, un tintineo de crótalos, y pasan
como un río amarillo o una pálida vida.
Nada queda. Desclavan los tapices:
encontrarán la herrumbre de una llave
o el verdín de una carta o el óxido de un labio:

ecos de lo que pudo ser,
como una espada. Buceando
unos ojos, remotos como mares inéditos,
en el espejo, ella; y en la página: el nombre,
sumergido con el fulgor oscuro

de un naipe en la penumbra. El tránsito, las manos
que desguazan anillas de metal,
los punzones que horadan las maderas
buscando el doble fondo y el secreto:

encuentran el vacío. Nada hay. Más allá,

ella (cae la cal como nieve
en el espejo y se abaten los ojos).
Con vetas de memoria de consolas,
brilla el mármol desierto, blanco
donde llega la noche sin aviso. En el folio:

a los muelles de la ciudad: los muelles
sin memoria. La luz ha renunciado.
Sólo se escucha, débil, el chasquido de un muro.
En la calle, alguien mira la casa abandonada
y descubre la ausencia en el espejo.

Poemas sobre escribir un poema y otro poema

Farol y lluvia

Te dejo si no puedo persuadirte,
palabra.
Las cartas eran falsas,
y un aviso de lunes sinuoso
me llega en la bandeja.
La vida al otro lado (como siempre)
se mantuvo a distancia,
ignorando el reclamo de señales ocultas,
y no tocó el domingo
con su cifrada sombra.

Quédate en palimpsesto borrado por la lluvia,
que atronadoramente me salva del envite,
quizás un poco tarde ya.

Partida

Un mal golpe de suerte frente al mar:
apartamento insomnio donde acudes
huyendo del acuario de la sala prevista.

Ante el papel, las cosas acechantes
que quieren ser miradas llegan
a herir, y aquellas que quedaron,

como caricia de enemigo, pesan.
Al saber que el murmullo que oías era sólo
rodar ferruginoso de poleas

sin fin y no de olas, decides la partida,
y, aniquilada, vuelves, con los trágicos ojos
de las rubias sin éxito, los tacones torcidos.

La vuelta

Acabas eligiendo este sexteto
lira, o mejor, lo elegiste al llegar
del viaje secreto,
de vuelta a este lugar
y a estos folios vacíos.
Ibas como sonámbula entre líos

de medias, ropa usada, neceseres,
maletas: no debiste, tan ligera,
hacer planes: no eres
dúctil como la cera:
A B a b c C,
si lo que quieres es gritar: por qué.

Quizás viajar

¿Y qué puede hacer uno
cuando vuelve a sentarse ante la mesa
del lugar oportuno,
solo y con la promesa
de la tarde de otoño que se espesa

de azul en los cristales
y nada significa? ¿O qué si nada
nos dicen las señales
que emitió esa mirada
o el temblor de aquel trino en la enramada?

Cuando la claridad coincidió con la línea del verso

Dos luces en el monte y es un perro
salvaje la ladera. Encima el cielo
azul. Delante, el vidrio dobla el hierro
dorado de la lámpara y el pelo

en llamas de quien mira cómo llega
la noche tras las rejas, y esto escribe.
Es el momento en que la tarde entrega
su antorcha en el poniente, en que el declive

de claridad ya es un hilo de plata
sobre el folio: la línea que destella
como un río en la sombra y que rescata
de la sombra el olvido: fósil huella

de que ella estuvo aquí, de que el cristal
duplicaba su pelo y el metal.

La ausencia

Ya no está aquí. Sólo quedan sus cosas,
aventadas igual que siembras nuevas
o escondidas, ocultas en añosas
valijas de caoba como en cuevas

selladas. En la casa se percibe
un silencio de imagen sostenida
o de agua estancada en el aljibe
sombrio de la ausencia. La caída

de la luz se demora, se dilata
en las manos que esperan y en los ojos
que esconden la mirada en la escarlata
hoguera del oeste: son despojos

lo que quieren mirar y mientras tanto
lloran, calcando ajenos el fulgor
de la tarde, sin ver, y es rojo el llanto.
Alguien abre una puerta, y un olor

a pétalos marchitos deja paso
al recuerdo. Detrás de los cristales,
la noche se ha instalado en el ocaso.
Y es la hora: murmullos laterales

lo confirman. Lo mismo que un disparo
anuncia la salida hacia una meta,
de repente, se olvida el desamparo
y en los ojos se enciende la secreta

pasión del movimiento. Todo es prisa.
La sala se convierte en un mercado:
se tasa; se comercia; se precisa
lo que entrará en los lotes, lo asignado

a cada cual; se busca lo encubierto
y se vuelve a llorar porque no exista
ni clave ni tesoro. Del incierto
pasado de reliquias que a la vista

se ofrece nada importa: ni las fotos
del hombre que sonríe desde el puente,
ni cartas, ni cuadernos, ni los rotos
proyectos de un diario. Nada. Enfrente,

la luna es una fruta que madura

en un árbol. Y tarda su caída
lo que tarda en caer a la basura,
que las bolsas recogen, una vida.

Zona de varada

Como una voz en off

Emite su silbido el silencio: ¿Qué es?
¿Es tan denso, quizás, o tan ágil que se oye
su fuga en el aire estancado?

¿Un animal herido? ¿Una saeta?
¿Son las cuevas del cráneo? ¿Las compuertas
de la memoria que se baten? Fuera

permanece la noche y su murmullo
sin acceso posible. La luna es media luna
al noroeste, y en las cajas cerradas

de las luces dormidas tiembla su resplandor.

Tregua

El mes del desconcierto finaliza.
Octubre. Bajo el sol, una mujer
desnuda se adormece. El aire riza
el fulgor de su pelo y el placer

se dibuja en su boca. Un mar enfrente
arrastra hasta la orilla pardos restos
de días sometidos a la ardiente
marea del verano. Cuando éstos

desplieguen sus mensajes en la arena,
los leerá. Ahora sonrío. Es
como si respirara luz, ajena
a los naufragios y al pasado, es

como si nada hubiera sucedido,
como si la indolencia fuera olvido.

Alguien en un lugar

¿Éste es el silencio? Y ese tenue
rodar que no cesa: ¿qué es?
¿Éste es el silencio? Ha habido tanta vida
entre este silencio y aquel otro

que olvidó la memoria su textura.
Es esto lo que hay. Quizás nunca existió
otra cosa distinta y fue la misma vida

la que horadó las sienas con su broca.
Esto es lo que hay: alguien en un lugar
y, fuera, más allá del cerco de los montes,

una ciudad blindada que aún guarda entre sus hierros
la caja del comienzo de lo que no pasó.

El espacio cerrado

Dejó de ser en un día de noviembre,
el mes de las siluetas.
J. A. Ramos Sucre, "El extranjero"

El silencio de nuevo. Y las paredes
blancas. No son las mismas. Ni el mismo perro cruza.
Sigue siendo noviembre, el mes de las siluetas,
y todo se ha perdido: el espacio y la luz:

la hora en la mirada cuando el agua del tiempo
corría en las baldosas y llevaba la tarde.
No ha habido tarde aquí, tan sólo en el reloj:
el espacio cerrado de esta ciudad de sombras

y garitas de truenos. En los vanos
de ventanas sin nombre la luna dejará
de existir si se abaten los ojos

o la aguja declina en un segundo:
luna cuadriculada por rejas y por redes,
retina de luciérnaga. El oído se afila:

chasquidos en el muro. No los de ayer,
reconocidos siempre. Alguien vivió en la casa.
No se sabe su historia. Pudiera ser la mía.

La hora de los pájaros

Y es la hora acordada
en la que los rumores de la tarde
comienzan a engastarse en el silencio.
Una inquietud de alas que se ocultan
nos anuncia la sombra; luego, el golpe
de un cierre de metal contra la acera,
al que responde otro más lejano,
la queja de un neumático, de otro,
el eco de una cifra que se pierde
en el blando espesor de la distancia.
Y es una calle, y otra, y, en un giro invisible,
es una plaza ajena a la de hoy,
y es otra tarde y muchas: la tarde que regresa
desde el fondo del tiempo, envuelta en el vaho tibio
de la brisa en verano: el despertar de luces
contra aquel cierto cielo donde acababa el puente,
la lisura del aire en la mirada,
el regusto de sal. Asalta la memoria
la razia fugitiva del recuerdo:
lo ganado será el frágil rescate
de lo que fue posible;
lo perdido, la vida que quedó.

Recuerda

Esas copas que brillan como llama
y que laten al tacto de metales
ligeros —tantas copas—; esa trama
que, sobre cal, dibujan, verticales,

las hileras de libros en tapices
de olvido —tantos libros—; todos esos
atajos y caminos de matices
parejos que descubre la luz, presos

entre los montes —tantos—. Tantas cosas
iguales y cercanas, ordenadas
y juntas son, más aún que las rosas,
más aún que el reloj o las azadas,

recados de la muerte: faltará
tiempo para vivirlas todas ya.

Sudeste

Todo en el aire es perro.
Taladra su ladrido la terraza
y horada la frontera de este encierro.
La tapia es amenaza,
toda ojos en vela,
toda espía, siguiendo con cautela

el riego de una flor
o el perfil de un desnudo. Es la mañana
de un domingo de marzo y el rumor
nos recuerda esa vana
ilusión de estar fuera
del mundo, allí, en otra primavera.

El último poema

El último poema de la noche
es éste que ahora lees.
Ha sido un largo caminar a oscuras
rastreado estas palabras huidas en la sombra.
Se ocultaban lo mismo que se oculta
y se pierde la voz de un país sometido.
Y también la memoria, esa sala sin luz
donde no encuentras nada porque nada ya es tuyo.
Invasada la vida por la vida
sólo un retazo queda que ha de ser suficiente
para salvar el habla. ¿Notas el soplo amigo
de la brisa en los ojos? ¿Su mágico consuelo?
¿Su dictado? Es la confirmación
de un pacto aún no abolido con el mundo:
esa alianza antigua por la que, en soledad,
el mundo te entregaba su lenguaje.
Cuando la luz del día haga palidecer
la claridad fingida de esa lámpara,
no traiciones su gesto.

Viaje a la mañana

Sentirse una turista
en la ciudad que vives todo el año,
caminar tras la pista
del sol y de ese extraño
país que te reclama, no es engaño

al sentido, es el don
que la mañana ofrece a quien visita
su luz con la pasión
de un niño, a quien, proscrita,
en el silencio de la noche habita.

Tajamar

Desnivel como banco de arena en la marea
bajo el punzón del lápiz. Mar calco de la luna.
Vuelve a ser medianoche y pesa el mundo,
y se le sigue amando.

Es llamarada fatua la luz en el silencio
oscuro de la hora. Antes fue el día, vano,
en esta playa incierta de espaldas al sonido
del viento y de la nube.

Aquí será el desguace, la carena y la ausencia.
Otras manos, después, vendrán sobre las cosas
y abrirán su sigilo, y se oirán otros pasos
y, tal vez, otros besos.

Ratas en el jardín

Allí estaba entre ramas. Sigilosa.
Oscura sobre el blanco de la cal.
Luego, corriendo en la cornisa. Luego,
el cerco de su ojo, amarillo en la sombra,
saliendo del macizo. Y allí, otra vez, los dos,
con las manos cogidas, sabiendo que una rata
sola no hace septiembre, mirándonos perplejos.

Medianoche

Quizás aquel silencio fuera más denso aún,
allí sólo se oían los pasos en la grava,
aquí se oyen peldaños subidos con apego
y golpes de cisternas o perros de otro exilio
si hay soledad. Todo más cerca.
Allí todo más lejos. En esta hora allí
una ambulancia habrá cruzado el puente
y alguien levantará los ojos de un cuaderno
e irá tras la sirena. Lejos. Luego, la cuna
del silencio otra vez, y los ojos mecidos
como en un mar. Aquí, las rejas.

Poemas de Teresa Hassler (Fragmentos y ceniza)

Habitaciones

Oh pura contradicción, rosa,
delicia de no ser el sueño
de nadie bajo tantos párpados.
R. M. Rilke, *Epitafio*

Y, finalmente, un hotel...
R. M. Rilke, *Epistolario*

En la 312, la mujer de celeste
hace un hueco en el tiempo para encontrar su alma.
Detrás, los árboles. Delante,
puertas que no conducen a lugares sabidos.
Más allá de las verjas, la mágica ciudad
que reveló al poeta el camino seguro.

Ya no hay pastores. Ni ángeles
de ronda. Quedan
las luces del poniente bordeando los tajos
y aquella habitación donde pasó el invierno.
208. Sola

desde aquel día. Atardece en el folio.
Bandadas de vencejos se disputan las nubes.
Cuando el claror decline, la noche engullirá
el aleteo negro de sus giros.
La mujer quiere sólo mirar. Oír el mundo.

Que el grito del vencejo la sorprenda en vigilia.
Dar fe de que al hacerse presentes las farolas
una eclosión de estrellas convirtió en firmamento
la ciega oscuridad de las ventanas.

Golpes al otro lado de la pared contigua.
Golpes de tasador, como si alguien
hubiera decidido subastar el silencio.
La frágil porcelana del silencio,

que se rompe en el trueque. Algarabía.
Estridencia de ecos. Huecos. Sordos. Agudos.
¿Cómo llegar al punto de la pérdida?
¿Cuándo se dio cobijo a la turbia inquietud

del que no encuentra? El recuerdo se oculta
tras los pliegues de un árido pasado,
donde un amor, tan proclive a lo efímero
como a la eternidad, logró sobrevivir.

Quizás sea su soplo el que sostenga
la débil permanencia de los días.
Se acallan las cigarras. Pronto la habitación

quedará duplicada entre los pinos:
la mesa donde escribe, la bata azul celeste.
Fuera. Suspensa entre las sombras. Ya.

Es la hora en que la luz succiona de la noche
sus pálidos insectos. Los reflejos
llevan al extravío, y vienen a morir

sobre la hoja. Blanca. Lo mismo que las almas
en los cuentos de infancia. Como si ellos también
buscaran la blancura. Son signos de la noche.

Sus mensajes cifrados: las alas abrasadas
en el papel, las cenizas del tiempo.
Los párpados se abaten. Con levedad de seda

comienzan a cerrar el día que termina.
Como los de las rosas, que en esa habitación
donde no habita nadie, o en la tumba lejana,

por siempre serán sueño.

(Ronda. Verano)

Asalto a la memoria

Lo que no hubo entonces ahora hay:
silencio:
la casa sumergida en la memoria
como en el fondo oscuro de las aguas,
como después del fin de un cataclismo,
en un día cualquiera,
parada en la tiniebla líquida
del sueño. Un galeón de piedra hundido
parece.
La casa.
Con los cuerpos sujetos al lugar donde estaban
en ese instante eterno
que la memoria trae al despertar.
Tumefactos. Sin voz.

Infinitivo

Llegar allí otra vez en la memoria
de vuelta de la vida. Entrar
por la puerta entornada, rehuyendo las miradas
de la gente que aguarda la llamada del padre.
Estar allí de nuevo
en la médula exacta de los ecos y aromas,
de los pasos sabidos.
Sentir
la luz de la presencia de la madre en el ángulo.
Estar allí, tan sólo,
como en el seno cálido del futuro infinito.
Y esperar, esperar,
antes de abrir el libro por la primera página.

Teresa H.

Abajo es otro mundo.
No hay espacio sin nadie.
Por la puerta entornada
entra y sale la gente sin aviso.
No hay sitio para juegos, para libros ni sueño.
Sin existir se crece.

Pero aún no lo sabes.
No sabes nada. Estás.

Tu cuerpo es amasijo de huesos y de carne.
Carne de niña, prieta, que no sientes.
Tu cabeza-juglar, o tu cabeza-Auschwitz
—una niña judía—,
no sabe distinguir de siglos ni holocaustos,
ni si aquello es tortura o ignorancia.

Pero aún no lo sabes.
No sabes nada. Estás.

Tu lugar es el mundo. Sólo lo que conoces.
Tan sólo tu lugar el mundo entero:
lo de abajo y arriba, en el tejado.
Las columnas del patio,
la rayuela, la comba, la pelota.
Y las tardes del parque con criadas soeces
que en las jaulas vacías te abandonan.

Pero aún no lo sabes.
No sabes nada. Estás.

Ahora estoy aquí, contigo en la memoria
para que reescribamos tu presente.
Para que yo reescriba mi pasado
contigo en la memoria. Conmigo en mi memoria.
Tu presente. El pasado.
Ese común error.

La niña insomne

De pronto el sueño huyó de la pequeña,
y ella no conocía la palabra.
Fue el principio del fin,
y ella no lo sabía.
A veces Dios es duro
como un pico de lanza en el costado.
Por qué, por qué,
repetía en la noche.
Herida para siempre
sin saberlo.

Rincones

Estaba allí, es cierto, y lo que intenta
copiar con las palabras existía:
un pedazo de cielo —azul cuando el levante
abolía las nubes—, el caminar del sol
hacia el poniente o el zarpazo de sombra
que la noche ponía ante sus ojos.
Estaba allí, sin duda. Y está escrito.

Cuando el viento grababa en las paredes
el olor a marisma y escondía en los rincones
la tarde de murmullos, estaba allí, sin nadie,
a flote entre las aguas
de los tejados lisos, verdecidos de moho.
Ilesa. Con la casa de cartón en sus manos.
A salvo en su refugio. Y era una niña. Y era.

La casa de los sueños

Ya no existe la casa, igual
que no existe el pasado.

No es posible adentrarse en los cuartos vacíos,
en las salas vacías.

(Llegan ecos, siluetas.)

Ahora son escombros. ¿Son escombros?
Son nada.

Quizás aquella puerta —la cancela—
se abra en el umbral de un convento escondido.
Quizás aquel balcón acote algún parterre
en un jardín cerrado. O quizás las columnas,
vuelvan a ser columnas de algún atrio.
O nada, nada, y todo esté en el viento.
¿En el viento? ¿Como polvo o ceniza?

En mí, en mí que estoy
ante el papel y escribo su memoria.
En el papel, la casa, nuevamente.

Debajo de este trazo.

En el poema.

En lo que no refleja.

En este negativo que no sale a la luz.

En la noche del sueño.

Aquí está la casa, y la madre, y el padre,
y los ojos risueños que mostraba la foto,
y el dolor, y los ojos
del duelo y de la angustia.

La casa: Anette, la oscura;
Rosálía, la blanca; la piel ocre de Lucas;
el abrigo amarillo de Isabella;
la puya de la hermana; el hermano distante;
el mueble de la radio; la cumbre del tejado;
el miedo del pasillo; la niña que se ahorcó
con la cuerda de esparto en el metal saliente...

Y aquel hombre que entró para quebrar la vida.

En mi sueño,

en mi noche,
en lo perdido.
Ahí siguen estando. Aquí. Ahora. Luego.

La edad de la inocencia

¡Quién pudiera volver sin saber nada,
y sabiéndolo todo,
como ahora!

¡Quién pudiera saber,
entonces,
que aquello que vivíamos era todo
lo que quisiéramos vivir,
ahora!

¡Quién pudiera volver,
sabiendo lo vivido,
para saber que aquello ya era,
entonces,

a pesar de que el mal
y la muerte
sus alas desplegaran,
como ahora,

el tiempo de la vida!

El hombre de las dunas (Cuento de acantilado)

—¿Le quería, le quiso alguna vez?

La playa. El gris
de la camisa al viento.
La cintura ceñida
en el pantalón gris.
Como una perla oscura sin oriente.
Con reflejos de plata.
Al viento. Y al ocaso.
En la mirada el mar
y detrás nada. O todo: la locura.
El loco hermoso. El loco
con la mujer de arcilla entre los dedos.
Aplastando su cráneo
como en vudú.
Hurgando por su sexo.
Atando su alegría a su cadena,
como a un perro. Oprimiendo su cuello en la pared
del precipicio...
—Pero, ¿y ella? ¿Pero ella le quería?

Vasos comunicantes

“Vacío estaba hasta que tú llegaste”,
decías.

“No hay nadie como tú, todo me llena
de ti”, decía.

Y el cielo arriba,
punteado de vencejos,
y la brisa de mayo
en la piel de la tarde que las alas agudas
rasgaban como seda.

“Cierra los ojos
y los seguirás viendo”,
decías.

Y los cerraba,
como los cierro ahora,
y allí siguen estando. Los vencejos. Los mismos.

To fall in love

Sólo el temblor recuerda y el deseo,
y la puerta entornada,
y el dilatado instante en que tarda la piel
en unirse a la piel
(ese instante sin tiempo),
y de la piel, el roce que todavía demora
la plenitud del labio, y el temblor nuevamente
y el desmayo gozoso.
Como una flor abierta al abandono,
como un fruto maduro que derrama
su pulpa en la caída, el desmayo. La entrega.
La dádiva de vida.
Sólo esto recuerda de esa tarde.
Y el rumor de las voces más allá
de la puerta entornada. Sólo.

Conjuro al espectro del poema

Ese poema ahí,
mientras el tambor gira y el asado se dora,
en el trocear la carne,
en el podar las plantas del jardín,
en el subir y en el bajar
las escaleras,
en el sudor del día,
en el recordar qué falta en la despensa,
en revisar los fuegos y las luces,
en hacer cuentas para ir viviendo,
en recoger las cosas que se agolpan,
en desbrozar papeles que se apilan,
en limpiar y fregar, y barrer y aspirar
el polvo,
y las pelusas,
y los pelos que caen
(todo es belleza, luego, y armonía,
y, sobre todo, orden), en salir de la casa
para ir al trabajo, en rendir sin rendirse
(todo es paz al llegar),
en amar mucho o poco,
en hacer el amor,
en recibir amor o en ser odiado,
en el bien y en el mal,
en el ni bien ni mal:
ese poema aquí.
Amén.

Contemplar / Ser contemplado

Al sur vienen los pájaros.
Ya toman posiciones en las ramas del ficus,
del olmo, del almendro.
Ya planean, rasantes en sus trazos,
el aire conocido. Aún es abril.
Un día blanco y bajo, con bruma entre las nubes.
Los vencejos escriben sus signos en el cielo
como en una cartilla cruzada de señales.
¿Vencejos japoneses?
¿Kabuki en el cristal?
¿Dibujan el vacío?
El viento los arrastra (ahora,
es un ballet el valle). Sólo el mirlo
reposa su quietud sobre el alero.
Distante. Negro. Enfrente.
Contemplándolo todo. Contemplándome,
en su silencio oscuro,
mientras yo lo contemplo.

Conquista

Ahora,
cuando sólo la vida está en tus ojos
y miras y respiras el centro del vivir
como una fortaleza conquistada
donde tú eres la reina.

Ahora,
cuando basta el rumor de lo lejano
o el roce de la brisa
para que reconozcas el mensaje.

Ahora,
cuando la soledad
es al fin la antesala del secreto.

Ahora,
cuando sabes que aquello no fue vida,
que sólo esto lo es y es sólo tuyo.

Ahora.